

## FUKUYAMA, F. (2019). IDENTIDAD: LA DEMANDA DE DIGNIDAD Y LAS POLÍTICAS DE RESENTIMIENTO. BARCELONA: ED. DEUSTO

Julio BANACLOCHE PALAO  
Catedrático de Derecho Procesal  
Universidad Complutense de Madrid  
<https://orcid.org/0000-0001-9798-6176>

Francis Fukuyama (Chicago, 1952) es uno de los pensadores políticos más influyentes a nivel mundial de los últimos tiempos. A él se debe la predicción sobre “el fin de la historia”, una noción que apareció en 1989 tras la caída de las dictaduras comunistas, y que pronosticaba que en el futuro todos los Estados serían democracias liberales que asumirían el sistema económico de mercado. Aunque el desarrollo posterior de los acontecimientos ha demostrado que no se ha producido la situación anunciada por Fukuyama, manteniéndose la existencia de sistemas autoritarios disfrazados de democracias formales (Rusia, China), el prestigio del ensayista norteamericano no se ha visto por ello afectado, máxime si se considera que sus escritos buscan ofrecer teorías provocadoras dirigidas a reflexionar sobre las realidades políticas y sociales de nuestro tiempo y a presentar posibles soluciones a los problemas que estas suscitan.

En su última obra, titulada *Identidad*, trata de dar respuesta a algunos acontecimientos que, de forma sorprendente, se han producido en los últimos años. En concreto, él hace referencia a la victoria en 2016 de un *outsider* como Donald Trump en las elecciones a la Presidencia de Estados Unidos en contra de todos los pronósticos, o el triunfo del Brexit en ese mismo año, a pesar de que desconectaba a Gran Bretaña del resto de Europa y la sumía en una incertidumbre política y económica de la que aún no ha salido. Tales fenómenos se relacionan con lo que constituye el núcleo del ensayo de Fukuyama: la necesidad que tienen sectores importantes de la población de que se reconozca su identidad y su dignidad, lo que es tanto como decir sus peculiaridades individuales y sociales.

Ya en alguna obra anterior Fukuyama había apuntado que la religión y el nacionalismo, como planteamientos vitales totalizadores y en muchas ocasiones excluyentes, no iban a desaparecer como fuerzas de la política mundial, dado que ambos eran refugios de grupos sociales y comunidades que sentían que las democracias liberales, aunque formalmente reconocían sus derechos y diferencias, en la práctica no respetaban sus planteamientos y los colocaban en una situación de inferioridad real. Para Fukuyama, en el escenario político mundial ha aparecido con fuerza una realidad emergente, con la que se tiene que contar si se quiere comprender lo que está sucediendo: “la demanda de reconocimiento de identidad”, que afecta tanto al ámbito de la nación como de la religión o la forma de vida, y que en caso de no ser satisfecha origina un profundo resentimiento que aflora de diferentes formas siempre conflictivas.

Son numerosos los ejemplos en la escena internacional que ponen de relieve esa sensación de humillación u olvido que reclama una vindicación posterior, como la Rusia de Putin por el desprecio a que fue sometida en la época de Yeltsin, o los países árabes por la respuesta dada en Occidente a la causa palestina o por el desprecio a que se ve sometido su modo de vida en las democracias liberales. Pero también aparece en el seno de los propios países occidentales, manifestada por grupos minoritarios que reclaman que se reconozcan y respeten sus peculiaridades derivadas de su religión, origen étnico, orientación sexual o género.

Fukuyama entiende que los conflictos de identidad tienen su origen en un enfrentamiento entre el yo interno y el mundo exterior, entre lo individual y lo social. Pero a diferencia de lo que sucedía en otras épocas –pensemos en la cristiandad medieval, donde todo se supeditaba a la comunidad a la que se adaptaba el individuo–, ahora se exige el cambio de la sociedad para asumir lo sentido y vivido por las personas o grupos identitarios; se considera que “no es el ser interior el que debe ajustarse a las reglas de la sociedad, sino que es la sociedad la que tiene que cambiar”.

El autor pone un ejemplo que creo que revela con claridad a lo que se refiere con la anterior afirmación. En aquellos países en que la minoría homosexual reclamaba un reconocimiento jurídico de su diferencia, hubiera sido suficiente para satisfacer sus peticiones la

implantación de un régimen que les concediera derechos económicos y sociales similares a los de las parejas heterosexuales. Sin embargo, los interesados no lo consideraban suficiente: querían poder contraer matrimonio, porque, como señala Fukuyama, “la posibilidad de casarse era sólo un marcador de esa dignidad igual”.

No obstante lo anterior, las principales reivindicaciones actuales de respeto a la propia dignidad nacen vinculadas no a la forma de vida, sino a la religión o a la nación. Ante la pregunta identitaria fundamental (¿quién soy?), producida por la confusión de la sociedad contemporánea dominada por la modernización y la globalización, la respuesta es la incardinación del individuo en un determinado credo (islamismo) o en un determinado grupo étnico (nacionalismo). Tanto el islamismo como el nacionalismo “pueden considerarse un tipo de política de identidad”, que “brindan una ideología que explica por qué las personas se sienten solas y confusas”, y “se centran en la victimización, que culpa de la situación infeliz del individuo a grupos ajenos”, exigiendo “el reconocimiento de la dignidad de manera restrictiva: no para todos los seres humanos, sino para los miembros de un grupo nacional o religioso en particular”.

Fukuyama destaca el contraste entre el constante auge del nacionalismo (Putin, Orban, Erdogan, Trump) y el islamismo (Primavera Árabe, Golfo Pérsico, Sudeste Asiático) en estos últimos años y el progresivo declive del comunismo y la socialdemocracia, que eran los adalides tradicionales de las reclamaciones igualitarias y de reconocimiento de la dignidad, cuando de forma paradójica sigue aumentando la desigualdad global (tanto en el interior de las sociedades occidentales como entre los diferentes países). ¿Cómo es posible que disminuya la izquierda política y aumente el peso de la derecha nacionalista precisamente en aquellos países donde se han incrementado los ratios de desigualdad? Para Fukuyama, la explicación se encuentra en que la izquierda ha abandonado a la clase trabajadora, sustituyéndola por grupos minoritarios que no representan la identidad cultural general: “En lugar de fomentar la solidaridad en torno a grandes colectividades como la clase trabajadora o los explotados económicos, se ha centrado en grupos cada vez más pequeños marginados de maneras específicas”. Su lugar lo

ha ocupado la derecha nacionalista, con quien más se identificaban los grandes colectivos mencionados.

Y es que, a partir de los años 60 del pasado siglo, “la revolución proletaria ya no parecía importante”. Las reivindicaciones sociales provenían de otros grupos y colectivos: es el momento de los movimientos en favor de los derechos civiles de las minorías raciales, de las mujeres, de los nativos, los discapacitados o las personas LGTBI o en favor del ecologismo. Como dice Fukuyama, “la carga psicológica de la discriminación, el prejuicio, la falta de respeto o la mera invisibilidad quedaron arraigadas en la conciencia social”. Ya no se buscaba el reconocimiento de la dignidad individual, sino del grupo al que se pertenece. Es la “política de la identidad moderna”. Pero actuar desde esa perspectiva ha generado a su vez una desafección en el grueso de otros colectivos (defensores de las tradiciones cristianas, el mundo rural, las clases medias, los trabajadores no cualificados), que se sienten abandonados por las élites políticas y sociales afincadas en los ambientes cosmopolitas y urbanos. Con ello se ha creado un terreno abonado para las opciones políticas populistas basadas en la defensa de la cultura propia de la nación o la raza: ahora son ellos los que se consideran en riesgo, y asumen un discurso victimista y de autoprotección. Como bien señala Fukuyama, “el cambio en la agenda de la izquierda y de la derecha hacia una mayor protección de identidades grupales cada vez más específicas, en última instancia amenaza la posibilidad de la comunicación y la acción colectiva”.

En una entrevista publicada el 14 de abril de 2019 en el diario *El País*, decía Fukuyama que “todos tenemos identidades particulares, pero en democracia también es importante tener sentido de comunidad, porque debes participar en el sistema político democrático, y si sientes que no tienes nada que ver con el resto de la gente por esas diferencias —relativas a raza, o género, religión...— es un problema para la democracia”. Esta es la clave de su último libro: si no se consigue reconducir las reivindicaciones identitarias, se corre el riesgo de una grave fractura tanto entre los distintos países como en el seno de las propias sociedades occidentales.

De hecho, los Estados que carecen de una identidad nacional bien definida se convierten en realidades políticas inestables donde imperan la corrupción, la pobreza y el subdesarrollo. Pensemos en

el Oriente Próximo, Afganistán, Irak o los países subsaharianos. En estos casos, la diversidad se traduce en violencia y conflicto, no en creatividad o resiliencia. Por el contrario, quienes comparten valores y cultura como sucede en Japón, Corea o China pueden estabilizarse y afrontar retos comunes a nivel nacional. Según el pensador de Chicago, la identidad nacional cumple unas funciones esenciales “para la estabilidad y el éxito del orden político”: aporta seguridad física a los ciudadanos (al hacer al país más poderoso), aumenta la calidad del gobierno (al disminuir la corrupción), facilita el desarrollo económico (al aumentar la capacidad de trabajo y sacrificio de los ciudadanos), genera un amplio radio de confianza (lo que hace crecer el intercambio económico y la participación política), posibilita una fuerte red de seguridad social que mitiga la desigualdad económica, y permite el desarrollo de la democracia liberal. Ahora bien, por las circunstancias del mundo en que vivimos, cada vez es más frecuente que haya personas de otras razas o culturas. Y solo cabe entonces o bien integrar a esas poblaciones en la identidad común, o bien adaptar esta a las nuevas características de la sociedad.

Al hilo de la idea de identidad nacional, Fukuyama aborda de modo muy interesante la cuestión de la identidad europea. A su juicio, “los fundadores de la Unión Europea trataron deliberadamente de debilitar las identidades nacionales de cada miembro a escala estatal en favor de una conciencia europea posnacional”. Pero no se ha conseguido tal objetivo, y cada vez con más fuerza se constata cómo permanecen e incluso resurgen con fuerza las identidades nacionales en cuanto aparece una situación límite, como la crisis del euro, los problemas migratorios y de los refugiados y, últimamente, la aprobación del Brexit. Algo parecido sucede en un país tan multicultural como Estados Unidos: el fenómeno Trump pone de relieve que el nacionalpopulismo basado en una visión étnica o religiosa del país cotiza al alza.

El último capítulo del ensayo de Fukuyama se titula muy significativamente “¿Qué hacer?”. A su juicio, no se puede pretender que desaparezcan las reivindicaciones de identidad o dignidad. La solución es potenciar no las identidades pequeñas o egoístas, sino amplias e integradoras. Se trataría de promover “identidades nacionales de destino, basadas en los ideales fundamentales de la democracia

liberal, y utilizar las políticas públicas para integrar a los recién llegados en esas identidades”. En su opinión, si la identidad se usa para integrar, se podrá superar la política populista de esta última época. No obstante, las fórmulas que propone, por ejemplo, para Europa (una ciudadanía europea que sustituya a las nacionales, la elaboración de unos símbolos europeos comunes, una mayor democratización de las instituciones europeas y una asimilación de inmigrantes y refugiados) él mismo reconoce que resulta muy improbable que lleguen a implantarse.

En definitiva, Fukuyama nos muestra en este ensayo cómo la identidad constituye el principal elemento disgregador y de conflicto dentro de las comunidades y entre los Estados, pero también que puede resultar la clave para una integración y un entendimiento cada vez mayores. De que se conciencien de ello los diferentes actores internacionales y actúen para potenciar lo segundo y no lo primero va a depender lo que suceda en los próximos años en el seno de las democracias liberales occidentales.